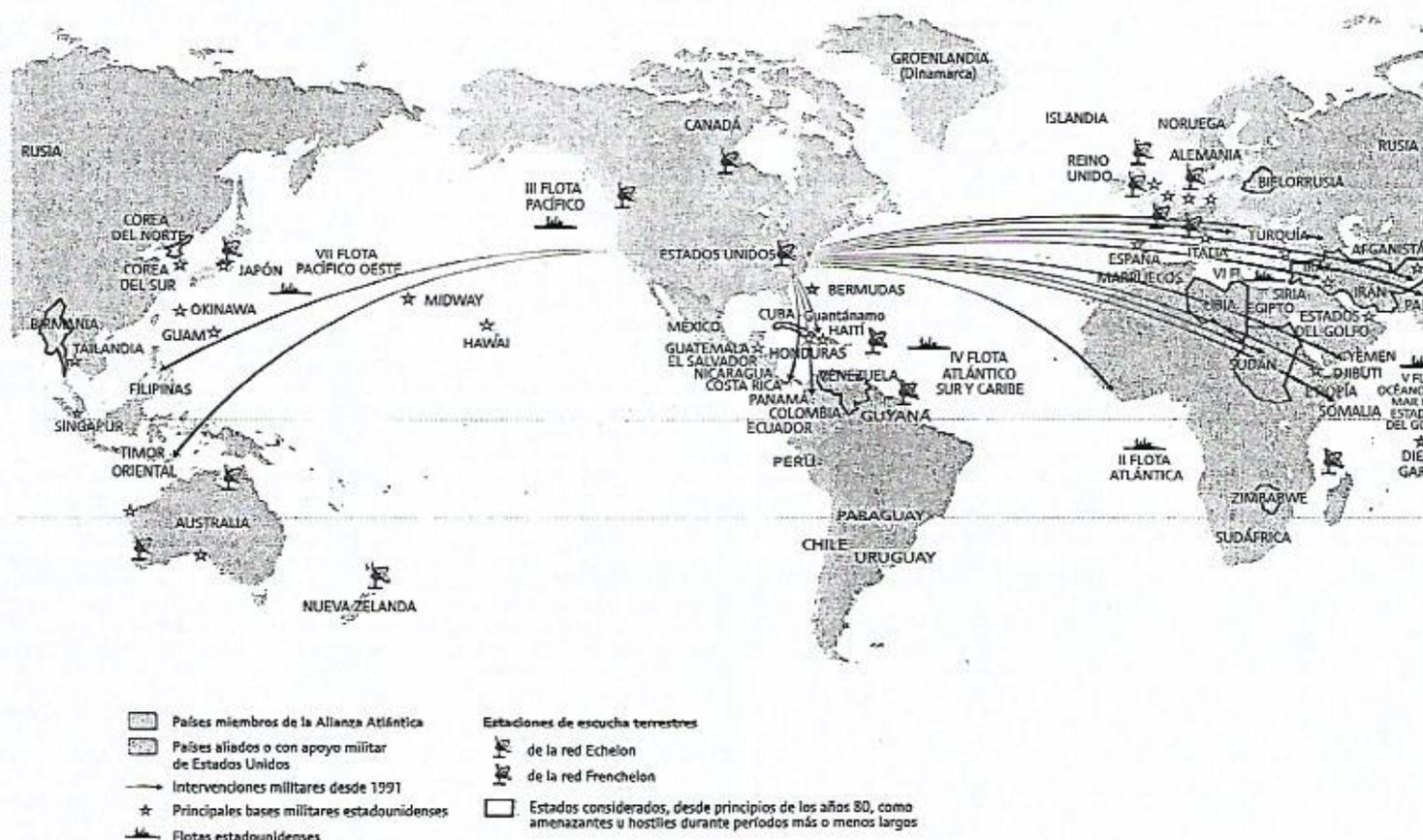


Gran Bretaña, desde el siglo XVIII, y EE.UU., desde mediados del XX, son los únicos imperios modernos realmente globales. Empezando por el mar y la tierra como columnas respectivas de desarrollo, numerosas diferencias los separan. Pero Gran Bretaña puede servir de ejemplo a la potencia norteamericana en un aspecto: supo reconocer "los aires de cambio".

La hegemonía americana difiere del Imperio Británico

Lecciones de la historia

por Eric Hobsbawm*



Estados Unidos, un imperio sin fronteras (Philippe Rekai)

Dejando a un lado la España del siglo XVI y quizá los Países Bajos durante el XVII, Gran Bretaña desde mediados del siglo XVIII hasta mediados del XX y Estados Unidos desde entonces son los únicos ejemplos de imperios genuinamente globales con horizontes políticos globales y no meramente regionales, y con recursos de poder —la supremacía naval en el caso británico durante el siglo XIX, y la supremacía en la destrucción desde el aire en el caso estadounidense en el XXI— respaldados por una red mundial de bases al efecto. Hoy esto ya no es suficiente, puesto que los imperios no sólo dependen de las victorias o la seguridad militar sino de un control duradero. Por otra parte, Gran Bretaña durante el siglo XIX y Estados Unidos en la mitad del XX también disfrutaron

de un activo que ningún imperio anterior había tenido ni podía haber tenido antes de la globalización económica moderna. Dominaban la economía industrial mundial, y lo hacían no sólo gracias al tamaño de su aparato productivo como "talleres del mundo": en su momento cumbre en la década de 1920, y de nuevo tras la Segunda Guerra Mundial, Estados Unidos representaba alrededor del 40% de la producción industrial global (1) y en la actualidad representa alrededor de una cuarta parte (27%). Ambas metrópolis imperialistas sirvieron también como modelo económico, pioneras técnicas y organizativas y marcadoras de tendencias, así como centros del sistema mundial de flujos financieros y de mercancías y de los Estados cuya política financiera y comercial determinaba en gran medida la configuración de esos flujos.

También han ejercido, evidentemente, una influencia cultural desproporcionada, y no sólo mediante la globalización de la lengua inglesa. [...]

Destino mesiánico

El tamaño potencial de las metrópolis es la primera diferencia obvia: las islas como Gran Bretaña tienen fronteras fijas; Gran Bretaña no tenía una frontera en el sentido estadounidense. Había formado parte de un imperio continental europeo ocasionalmente —en los tiempos de Roma, tras la conquista normanda y durante un breve período cuando María Tudor se casó con el español Felipe de Habsburgo—, pero nunca fue la base de esos imperios.

Cuando los países que forman Gran Bretaña generaron una población excedente, ésta emigró a otros lugares o fun-

dó colonias en ultramar. Las islas nicas se convirtieron en una fuente emigrante. Estados Unidos, en cambio, fue y sigue siendo esencialmente receptor de población y no emisor. Llenó espacios vacíos con el crecimiento propia población y con inmigrantes de los extranjeros, hasta la década de 1880 principalmente de Europa occidental y centrooccidental. Junto a (aparte de las zonas de asentamiento) es el único imperio importante que nunca dio lugar a una diáspora emigrante significativa. [...]

El imperio estadounidense [...] resultado lógico de esta expansión todo el continente. Los jóvenes Estados Unidos, recién constituidos, imitaban que su república se extendía: Norteamérica. A los colonos que iban con las formas europeas de cu-

basadas en la gran densidad de población, sus grandes extensiones les parecían ilimitadas e infrutilizadas. De hecho, dado el rápido genocidio —en parte no pretendido— de la población indígena debido al efecto de las enfermedades europeas, gran parte del continente estaba

Los imperios no sólo dependen de las victorias o la seguridad militar sino de un control duradero.

efectivamente casi desierto. [...] Norteamérica no era en absoluto una "tierra virgen" (2), sino que la sustitución del uso indígena extensivo del territorio por las formas europeas de economía implicaba deshacerse de los nativos, aun dejando a un lado la convicción de los colonos de que Dios les había concedido el país exclusivamente a ellos. Después de todo, la Constitución de Estados Unidos excluía específicamente a los nativos del cuerpo político del "pueblo que disfruta del derecho de nacimiento" y de las "bendiciones de la libertad" (3). [...]

De nuevo, a diferencia de Gran Bretaña y otros Estados europeos, Estados Unidos nunca se vio a sí mismo como parte de un sistema internacional de potencias políticas rivales. Este fue precisamente el sistema que la doctrina Monroe pretendía excluir del continente americano. En ese continente de territorios descolonizados Estados Unidos no tenía rival ni tampoco tenía un proyecto colonial, ya que todas las regiones del continente norteamericano debían integrarse en Estados Unidos más pronto o más tarde, en particular Canadá, a la que intentó separar del Imperio Británico sin conseguirlo. Por eso tuvo problemas en apoderarse de territorios adyacentes que no se adecuaban al modelo, sobre todo porque no habían sido colonizados o no eran colonizables por anglos blancos, como Puerto Rico, Cuba y diversas islas del Pacífico. Entre ellas sólo Hawái se iba a convertir en un estado de la Unión. Un Sur esclavista independiente, acostumbrado a las diferencias entre una población libre y otra no libre y a la integración en el sistema comercial global británico, bien se podría haber convertido en algo más parecido a un imperio europeo, pero fue el Norte el que prevaleció: libre, proteccionista y con un desarrollo basado en el ilimitado mercado interno de masas. La forma característica del imperio estadounidense fuera de su núcleo continental no se iba a parecer pues ni a la de la Commonwealth británica ni a la del imperio colonial británico. No podía incluir dominios, esto es, áreas progresivamente autónomas de colonización blanca con o sin nativos locales (Canadá, Australia, Nueva Zelanda e incluso Sudáfrica) porque no disponía de colonos en el extranjero. En cualquier caso, con la victoria del Norte en la Guerra Civil quedó descartada la secesión de cualquier parte de la Unión, que ya no era legal ni políticamente posible ni podía formar parte de la agenda política. La forma característica del poder estadounidense fuera de su propio territorio no era colonial ni un dominio indirecto en un marco colonial de control directo, sino un sistema de Estados satélites o subordinados. [...]

En segundo lugar, Estados Unidos

proviene de una revolución; quizá, como argumentó Hannah Arendt, de la más duradera de la historia de las revoluciones de la era moderna, las impulsadas por las esperanzas laicas de la Ilustración del siglo XVIII (4). Para poder asumir una misión imperial, ésta tenía que basarse en el mensaje mesiánico y la convicción básica de que su sociedad libre era superior a todas las demás y estaba destinada a convertirse en modelo para todas ellas. Su política, como previó Alexis de Tocqueville, sería inevitablemente populista y antilitista. En Gran Bretaña tanto Inglaterra como Escocia tuvieron sus revoluciones en los siglos XVI y XVII, pero fueron efímeras y sus efectos se reabsorbieron en un régimen capitalista modernizado pero socialmente jerárquico, gobernado hasta bien entrado el siglo XX por las redes aristocráticas de una clase gobernante terrateniente. El imperio colonial podía insertarse fácilmente en ese marco, como sucedió en Irlanda. Gran Bretaña tenía ciertamente una convicción muy profunda de su superioridad frente a otras sociedades, pero no una creencia mesiánica ni un deseo particular de convertir a otros pueblos a las formas británicas de gobierno, ni tan siquiera a la cosa más cercana a una tradición nacional ideológica, en concreto el protestantismo anticatólico. El Imperio británico no fue construido por ni para misioneros; de hecho, en su principal posesión, la India, el imperio desalentó activamente sus actividades.

En tercer lugar, desde el *Domesday Book* o *Libro del Día del Juicio Final*, el reino de Inglaterra (1086) —y a partir del Acta de Unión de 1707 el Reino de Gran Bretaña— se estructuró en torno a un fuerte centro de ley y gobierno que vertebraba el Estado nacional más antiguo de Europa. [...] En Estados Unidos la libertad se contraponía al gobierno central, e incluso a cualquier autoridad del Estado, deliberadamente limitada por la separación de poderes. [...]

Construir la nación

Permítaseme mencionar brevemente una diferencia adicional entre los dos países, considerados como naciones: la edad. Junto a una bandera y un himno, los Estados-nación necesitaban para esa construcción moderna, la nación, un mito fundacional preferiblemente procedente de la historia ancestral; pero Estados Unidos no podía recurrir a una historia ancestral como mito fundacional, como podían hacerlo Inglaterra y hasta la Francia revolucionaria; incluso Stalin recurrió a Aleksandr Nevski (5) para movilizar el patriotismo ruso contra los alemanes. Estados Unidos no disponía en su territorio de antepasados útiles anteriores a los primeros colonos ingleses, ya que los puritanos se definían precisamente como distintos de los americanos nativos, y éstos, al igual que los esclavos, quedaban fuera de la definición de los Padres Fundadores del "pueblo". [...] Tampoco podían recurrir a las heroicas tradiciones de los pueblos guerreros aborígenes aunque sus intelectuales los admiraran, porque la política de los colonos empujó a los candidatos más obvios a la integración en una ideología que incluyera a todos los habitantes del país, la Confederación Iroquesa, a aliarse con los británicos. El único pueblo que vinculaba su identidad nacional con los indios americanos era europeo: los escasos y aislados galeses, cuyos románticos exploradores pensaron que habían localizado a los descendientes del príncipe Madoc, presunto descubridor de América antes que Colón, de lo que estaban seguros, entre los indios mandanes de Missouri, cuya lengua se empeñaban en reconocer como variante gaélica (6). [...] Pero obsérvese que

incluso a ese respecto Noah Webster trató de interrumpir esa continuidad insistiendo en el uso de una ortografía distinta. [...]

Así pues, la identidad nacional de Estados Unidos no se podía construir a partir de un pasado inglés común, ni siquiera antes de la inmigración en masa de no anglosajones.

Tenía que construirse primordialmente a partir de su ideología revolucionaria y sus nuevas instituciones republicanas. La mayoría de las naciones europeas tienen "ajenos hereditarios", vecinos antiquísimos con los que las relaciona el recuerdo de siglos de conflicto, en oposición a los cuales se definen; Estados Unidos, cuya existencia nunca se ha visto amenazada por ninguna guerra aparte de la civil, sólo tiene enemigos ideológicos: cuantos rechazan la forma de vida americana, estén donde estén.

Supremacía económica

Lo mismo que de los Estados se puede decir de los imperios. También en eso Gran Bretaña y Estados Unidos son muy diferentes. El imperio —formal o informal— fue un elemento esencial tanto para el desarrollo económico británico como para su poder internacional, pero no es este el caso de Estados Unidos, para el que prevaleció desde el principio la decisión de no ser un Estado entre otros, sino un gigante continental con una población continental. La tierra, y no el mar, era la columna vertebral de su desarrollo. Estados Unidos fue expansionista desde el principio, pero no en la forma en que lo fueron imperios marítimos en ultramar como el castellano y el portugués en el siglo XVI, el holandés en el XVII y el británico, con metrópolis de dimensiones y poblaciones modestas. Se parecía más a Rusia, que se expandía hacia el exterior atravesando la estepa desde el núcleo central moscovita hasta que también pudo proclamar que llegaba "de un océano a otro", en concreto desde los mares Báltico y Negro hasta el Pacífico. Estados Unidos, aun sin un imperio, seguía siendo el Estado con mayor población de las Américas y el tercer

país más poblado del globo. Incluso Rusia reducida como ha quedado ahora a lo que era antes de Pedro el Grande, sigue siendo un gigante relativo, y no sólo en cuanto a los recursos naturales disponibles en su vasto territorio. Gran Bretaña, en cambio, privada de su imperio era únicamente una economía

EE.UU. nunca se vio a sí mismo como parte de un sistema internacional de potencias rivales.

mediano tamaño entre muchas otras, y sabiendo que era así aun cuando gobernaba la cuarta parte de las tierras y la población del mundo.

Y lo que viene más a cuento, dado que la economía británica estaba esencialmente ligada a las transacciones económicas globales, el Imperio Británico fue en muchos aspectos un elemento central del desarrollo de la economía-mundo del siglo XIX, y no por lo que se trataba de un imperio formal. [...]

Durante la década de 1950 más de tres cuartas partes de las enormes inversiones británicas en el exterior correspondían a países subdesarrollados (7), e incluso durante el período de entreguerras más de la mitad de las exportaciones británicas iban a las regiones formal o informalmente británicas. [...] Una vez que la Europa continental y Estados Unidos se industrializaron, Gran Bretaña dejó pronto de ser el taller del mundo, excepto en lo que hace al sistema internacional de transportes, pero siguió siendo el mayor comerciante del mundo, el banquero del mundo y el mayor exportador de capital. [...]

La economía estadounidense no te-

Guerra y paz en el siglo XXI



Eric Hobsbawm
Crítica: Barcelona, marzo de 2007
184 páginas.

Trastocado el orden internacional bipolar de la Guerra Fría, el siglo XXI plantea una serie de interrogantes, aún sin respuestas. Ello no impide realizar las preguntas pertinentes y analizar los cambios estructurales que subyacen a la nueva era. Tal es el objetivo del historiador marxista inglés Eric Hobsbawm, testigo invalorable del siglo XX. Así, reúne en este volumen una serie de artículos, ensayos y conferencias realizadas entre 2000 y 2006, sobre el futuro de una historia cuyo "fin" ya es una falacia admitida por todos.

Hobsbawm no elude asumir posiciones políticas: rechaza todo imperialismo; plantea los peligros que acarrea un orden unilateral impuesto por Estados Unidos con el hipócrita imperativo de exportar la democracia; subraya los cambios impuestos por la globalización, sus desigualdades crecientes, movimientos migratorios de una envergadura desconocida, y el

debilitamiento progresivo del Estado-nación, que encuentra en el poder privado transnacional una zona de influencia que escapa a su autoridad. Señala asimismo la evolución de una democracia escindida de sus pueblos y las transformaciones del terror, con el crecimiento de organizaciones militares no estatales que, a pesar de su amenaza, siguen siendo en su opinión un problema policial y no militar.

El siglo XXI se anuncia extremadamente peligroso, y aunque Hobsbawm seguramente no estará presente para analizar sus consecuencias, advierte sobre sus desafíos, en particular, el más serio: "Nos enfrentaremos a los problemas del siglo XXI con un conjunto de mecanismos políticos radicalmente inadecuados para abordarlos".

→ más el tiene esta relación orgánica con la economía mundial. Al ser de lejos la mayor economía industrial del mundo, influye y sigue influyendo sobre éste por su puro tamaño continental y por la originalidad yanqui en cuanto a tecnología y organización

La forma característica del poder estadounidense fuera de su propio territorio no era colonial.

empresarial, que se convirtieron en modelo para el resto del mundo a partir de la década de 1870 y especialmente durante el siglo XX, cuando se convirtió en la primera sociedad de consumo de masas. Con una hiperprotección arancelaria hasta el período de entreguerras, recurrió abrumadoramente a los recursos propios y al mercado interno. A diferencia de Gran Bretaña, hasta finales del siglo XX fue un importador de bienes de consumo relativamente modesto y un exportador desproporcionadamente pequeño de bienes y capital. En el cenit de su poder industrial, en 1929, las exportaciones estadounidenses equivalían al 5% de su PNB (en precios de 1990)

frente al 12,8% de Alemania, el 13,3% del Reino Unido, el 17,2% de los Países Bajos o el 15,8% de Canadá (8). De hecho, a pesar de su primacía industrial global desde la década de 1880 en adelante, con el 29% de la producción industrial mundial, su participación en las exportaciones globales no igualó a la de Gran Bretaña hasta poco antes del hundimiento de 1929 (9). La conquista económica por el Nuevo Mundo del Viejo es algo que tuvo lugar durante la Guerra Fría, y tampoco está garantizado que vaya a durar mucho tiempo. [...]

Ante la industrialización de Europa y Estados Unidos, la Gran Bretaña victoriana, todavía masivamente industrializada y que todavía era el exportador e inversor mayor del mundo, desplazó sus mercados e inversiones de capital al imperio formal e informal. Los Estados Unidos de principios del siglo XXI no tienen esa opción [...]

De hecho, con la excepción de los setenta años transcurridos entre la Primera Guerra Mundial y 1988 (10), su economía siempre ha estado en números rojos. [...]

En un mundo globalizado el "poder blando" del mercado y la americanización cultural ya no refuerzan la superioridad económica estadounidense. Estados Unidos fue el primero en promover las cadenas de supermercados, pero en América Latina y en China se ha puesto a la cabeza la cadena francesa Carrefour. El imperio estadounidense, a diferencia del británico, ha tenido que recurrir permanentemente a sus fuerzas armadas. [...]

Sin la supremacía política de Estados Unidos durante la Guerra Fría en el

"mundo libre", ¿habría bastado por sí solo el colosal tamaño de su economía para hacer prevalecer como normas globales su forma de hacer negocios, sus agencias de valoración de créditos, sus firmas auditoras y prácticas contractuales, por no mencionar el "Consenso de Washington" para la financiación internacional? Cabe dudarlo.

Conocer sus límites

Por todo esto el viejo Imperio Británico no es y no puede ser un modelo para el proyecto estadounidense de supremacía mundial, excepto en un aspecto. Gran Bretaña conocía sus límites, y especialmente los límites presentes y futuros de su capacidad militar. Siendo un país de tamaño medio que sabía que no podía mantener para siempre el liderazgo mundial, estaba a salvo de la megalomanía que constituye la enfermedad profesional de los eventuales conquistadores del mundo. Ocupó y gobernó una parte del mundo —y una población— mayor que lo que ningún otro Estado había gobernado nunca ni es probable que llegue a hacerlo, pero sabía que no gobernaba el mundo entero ni podía hacerlo y no lo intentó. [...]

Cuando concluyó la época de los imperios occidentales en ultramar a mediados del siglo XX, Gran Bretaña reconoció "los aires de cambio" antes que otros colonizadores. Y dado que su ventajosa situación económica no dependía del poder imperial sino del comercio, se acomodó más fácilmente a su pérdida política, como se había adaptado después de todo al

retroceso más dramático de todo su historia anterior, la pérdida de las colonias americanas.

¿Aprenderá Estados Unidos esa lección? ¿O se verá tentado a mantener su dominio global, cada vez más erosionado recurriendo a la fuerza político-militar, hacerlo promoverá no el orden global sino el desorden, no la paz global sino el conflicto, no el avance de la civilización sino de la barbarie? ■

1. *Industrialization and Foreign Trade*, Sociedad de Naciones, 1943.

2. Henry Nash Smith, *Virgin Land: The American West as Symbol and Myth*, Vintage, Nueva York, 1950.

3. Eric Foner, *The Story of American Freedom*, Picador, Nueva York, 1999.

4. Hannah Arendt, *Sobre la revolución*, Alianza, Madrid, 1963.

5. La victoria de Alexander Nevski durante "la Batalla del Hielo", el 5 de abril de 1242, puso fin al avance colonizador de los alemanes hacia el Este.

6. Gwyn A. Williams, *Madox: The Making of a Myth*, Oxford University Press, Londres, 1987.

7. Eric J. Hobsbawm (con Christopher Wrigley), *Industria e Imperio*, Ariel, Barcelona, marzo de 1995.

8. Angus Maddison, *The World Economy: A Millennial Perspective*, Centro de Desarrollo de la OCDE, 2001, apéndice F5.

9. Walt Whitman Rostow, *The World economy: History and Prospect*, University of Texas Press, Austin, 1971.

10. Jeffrey A. Frieden, *Global Capitalism*, Norton, Nueva York, 2006.

*Historiador y autor, entre otras obras, de *Historia del siglo XX*. Crítica. Buenos Aires, septiembre de 2005.

Este texto fue extraído de *Guerra y paz en el siglo XXI*. Crítica. Barcelona, 2007.

De la hegemonía occidental al policentrismo

Desde el siglo XIX, el sistema internacional estuvo centrado en los países occidentales, cuya expansión dio origen a las jerarquías modernas. Hoy asistimos a una mutación estructural: el surgimiento de un sistema policéntrico.

por Philip Golub*

El renacimiento de Asia y el rápido desarrollo de otras regiones mundiales durante las últimas décadas constituyen una de las más importantes mutaciones de las relaciones internacionales desde la revolución industrial. Estas "zonas emergentes", durante mucho tiempo confinadas a los márgenes de los centros históricos del capitalismo, se (re) convirtieron —o están en vías de (re) convertirse— en lo que François Perroux llamaba "unidades activas [...] cuyo programa no se adapta simplemente a (su) medio ambiente, sino que (adaptan) el medio ambiente a (su) programa".

A pesar de que existen situaciones diversas y distancias importantes —reflejo de condiciones iniciales y de trayectorias históricas diferentes—, la extensión, la intensidad y la persistencia de esta transformación no dejan ninguna duda acerca de su carácter estructural. La evolución es particularmente significativa en Asia, hogar de dos tercios de la población mundial: el porcentaje de China e India en el Producto Interno Bruto (PIB) mundial, calculado en Paridad de Poder Adquisitivo (PPA), pasó del 3,2% y 3,3% en 1980 al 13,9% y 6,17% en 2006; en dólares de 2007 constantes, su PIB (PPA) por habitante se multiplicó por 16 en el caso de China (pasando de 419 a 6.800 dólares) y por 5 en el de India (de 643 a 3.490 dólares). Pero esa

evolución también es manifiesta en Brasil, donde el PIB por habitante casi se triplicó (de 3.744 a 9.080 dólares), y en Rusia, donde, tras la depresión de los años 1990, el PIB por habitante alcanzó los 13.173 dólares en 2006.

Un reequilibrio histórico

Este movimiento ascendente es acompañado por una fuerte tendencia hacia la regionalización en Asia Oriental —los intercambios intra-regionales crecieron de un 40% del total de sus intercambios en 1980 a un 50% en 1995 y a cerca del 60% en la actualidad— y por un comienzo de regionalización en América del Sur (Mercosur). Suponiendo que la actual crisis económica mundial no altere los fundamentos de esta dinámica, la participación total de estas regiones en el PIB mundial debería alcanzar cerca del 60% en 2020-2025; un 45% correspondería a Asia. El desarrollo económico necesariamente se traducirá en una mayor autonomía política.

Así pues, el sistema internacional del siglo XXI será descentrado y estará dotado de una multiplicidad de polos de decisión. Este reequilibrio supone, en el plano histórico, una revolución, que cierra el largo ciclo de dos siglos de la preponderancia occidental. Marca el retorno, bajo nuevas condiciones, a la configuración mundial policéntrica que precedió a la "gran divergencia" entre

Europa y el mundo extraeuropeo.

En efecto, muchas investigaciones recientes demuestran que no fue sino a partir de comienzos del siglo XIX, y luego durante la revolución industrial y la "primera globalización", cuando se constituyeron las jerarquías que dividieron el mundo de modo perdurable en centros dominantes (países desarrollados) y "periferias" coloniales dependientes (los "tercer mundos").

A la vez causa y consecuencia de la creciente divergencia económica y tecnológica entre Europa y el resto del planeta durante el siglo XIX, la expansión internacional de Occidente generó un mundo dual. Las "periferias" nuevas, integradas en las áreas formales o informales de los centros imperiales, se convirtieron en componentes subalternos de un sistema de producción e intercambio globalizado, organizado de manera coercitiva en torno a las necesidades de las metrópolis.

Mientras que los niveles de vida de las sociedades asiáticas, otomana y europeas eran por lo general comparables hasta 1800, luego divergieron considerablemente, puesto que la expansión occidental se vio acompañada primero de una regresión y luego de un estancamiento de los niveles de vida en las regiones dependientes (Japón constituye una notable excepción en Asia; Argenti-

na y Uruguay, en América Latina), el Producto Nacional Bruto promedio por habitante de los "tercer mundos" era apenas más elevado en 1950 que 1750 (+0,6%). Con la descolonización la desigualdad Norte-Sur disminuyó de manera variable, ya que la autonomía política suele ocultar la persistencia de las situaciones de dependencia.

La mutación contemporánea por fin, entonces, a una estructura histórica que ha perdurado. El policentrismo implica no solamente una distribución internacional más equitativa de las riquezas, sino también un cambio radical en las relaciones políticas: las instituciones internacionales establecidas desde la Segunda Guerra Mundial (Organización de las Naciones Unidas, Fondo Monetario Internacional, Banco Mundial, sin hablar del G7-G8, convertidos G20) deberán evolucionar inevitablemente para reflejar las nuevas realidades. Dada la multiplicidad y la amplitud de los desafíos mundiales, la mutación vuelve a plantear de manera urgente la cuestión de la cooperación. ■

*Profesor asociado en Relaciones Internacionales, Institut d'études européennes, Universidad París-VI.

Este artículo fue publicado en *El Atlas III de Le Monde Diplomatique*, Capital intelectual, noviembre de 2010.